

ACERCA DE LA CONDICIÓN DEL HOMBRE, LA MUERTE Y EL DOLOR

ACERCA DEL HOMBRE Y DEL DOLOSO DERECHO DE LA MUERTE

Una de las aristas de la conflexión del ser del hombre, apreciada desde la óptica de la finitud, resulta un tanto trágica y dolorosa. El dolor en el hombre emerge en el vértice donde coinciden el estado de lucidez acerca del inmenso afán de ser siempre más en cada uno de los instantes de la vida y la lucidez también de la esencial contingencia con que ha sido forjado su ser mismo. El dolor aflora en un estado de conciencia donde convergen esa ansia humana de ser eterno, de ser infinito, y esa esencial contingencia, esa mengua finita. En este punto convergen en el hombre dos modos de ser en la realidad, a saber, por un lado el connatural anhelo romántico por traspasar todas las limitaciones que constriñen la finitud de la voluntad; y por otro, la esencial finitud del hombre. El dolor proviene súbitamente en el vértice del entrecruce de la aspiración hacia la trascendencia y la conciencia de la finitud. El acto de conciencia frustra la pretensión de eternidad en esta tierra. Dijera Kierkegaard, la tragedia proviene de un acto de conciencia (*Cfr.* Kierkegaard, 1970: 99ss); en este punto, la situación del hombre es trágica.

El hombre ciertamente es voluntad. La voluntad lo proyecta hacia el porvenir; es decir, le permite abrirse camino entre sus posibilidades aspirando a rasgar el velo del tiempo en lo que aún no ha acontecido; otorga optimismo y esperanza al hombre como ser del porvenir, proyectándolo hasta los confines del ser. No existen obstáculos ni puertas que no sean

traspasables. Su destino aún no está determinado, sino por realizarse de acuerdo con el ahínco puesto en cada una de las empresas emprendidas. El hecho es que por la voluntad, el hombre es arrojado al mañana: anhela encontrar los confines de su ser para rasgarlos superándolos. Este sentimiento se experimenta todavía con mayor fuerza durante los años temerarios de la juventud, frente a la cual la vida se presenta como un objeto de fácil conquista. En este punto, dijera Sartre, "el hombre es absolutamente libre, y se vive como un proyecto arrojado hacia el porvenir" (Sartre, 1997: 40). Al joven la vida le aparece como una suerte de asignatura pendiente, pero domesticable definitivamente. Vive en el ensueño del porvenir: toda su vida está por realizarse; nada está escrito todavía. Las fuerzas le sobran para conquistar cualquier reto, es la etapa del diseño del proyecto de vida.

Decía Nietzsche: "el hombre es un animal capaz de hacer promesas" (Nietzsche, 1990: 47ss); es decir, es un ser cuya peculiaridad consiste en habitar en el porvenir. Su misma voluntad le permite, a un mismo tiempo, hacer promesas y abrirse camino en el tiempo, sobreponerse a su condición menguada y actual. En este sentido, podría definirse al hombre como una partícula que se desenvuelve en el tiempo: es un ser en el tiempo, es esencialmente temporal. Es una empresa arrojada al devenir, precaviendo su destino, aunque motivado por fuerzas un tanto descomunales, tales como la voluntad o el amor.

Mediante la memoria, el hombre puede actualizar recuerdos que en su momento fueron posibilidades; por la conciencia puede también tener una experiencia del actual acontecer en un ahora. La razón movida por el impulso de la voluntad abre un horizonte de acción para el porvenir. La vida vista como una apertura hacia el mañana colma de optimismo y esperanza a las personas. La existencia se extiende como una hoja en blanco en la que se habrán de ir colocando los distintos colores con que la persona teñirá su vida.

La indeterminación del porvenir es el lado agradable y optimista de la existencia, pues no existe

sentencia o condena dictada previamente, es un océano de posibilidades para ser. Sin embargo, esta sonrisa se nos corta a más de uno cuando nos asalta la noticia de una real y efectiva limitación a todo este horizonte de porvenir.

De vistas al porvenir, el hombre se descubre por un lado como infinitamente posible; mientras que por otro le asalta la evidencia de su finitud. Es infinitamente posible hacia el mañana. Pero es asimismo limitado tanto por la conciencia de su natalicio, como por la conciencia del ocaso de todas sus posibilidades. Las limitaciones del hombre quedan de manifiesto ante todo por el hecho de que no siempre logra obtener ni poseer todo lo que algún día anheló, tal como todos los conocimientos o recorrer todas las distancias; además, sabe que en algún momento advino a ser y, sin lugar a duda, algún día dejará de ser.

El hombre es el único ser capaz de presentir sus límites, de reconocerlos y de no aceptarlos. En el hombre hay una ansia de eternidad y sed de infinito; es el único ser que poseyendo límites su consigna consiste en recorrerlos, en trascenderlos hasta lo inconmensurable. Podría decirse que el sentido de su existencia consiste precisamente en esto, a saber, en ir tras la búsqueda de los límites para trascenderlos. El hombre, nos dice Heidegger, está abierto de cara al ser y al tiempo; sin embargo, por cuanto que ser finito es un ser para la muerte (Heidegger, 1998: 278ss). La voluntad se niega a desistir, pues la voluntad es fuerza: es poder lo que arroja al hombre a desear lo infinito. El hombre simple y sencillamente no quiere morir.

El dolor, cual lirio del campo, florece extendiendo sus pétalos encarnados ahí donde cae como rayo la sentencia de algo infranquable que acota toda posibilidad de ser más. Sólo hay una cosa segura que el hombre tiene al nacer: la muerte. Pero la muerte como tal no duele, o al menos no tanto como la conciencia de que habremos de morir. El estado más grave de dolor en el mundo es el que le viene al hombre a través de la razón; es decir, por la conciencia de no poder trascender más de lo posible. Y esto es lo que denominamos situación trágica.

ca del hombre, porque pretendiendo ser dios en la tierra, sin embargo, tiene que morir. Esta situación es trágica porque en pleno vuelo hacia la eternidad nuestras alas son interceptadas por una navaja filosa que corta el ensueño y nos vuelve seres completamente terrenos. Anhelamos ser del cielo; sin embargo, somos tierra y polvo; somos carne y sangre.

Ante la muerte no existe temple que se mantenga erguido en su soberbia; toda voz ha de guardar silencio ante su presencia; todo orgullo ha de doblegarse ante su inminencia, ésta es el justo precio de la vida. El hombre siendo finito aspira a la eternidad, y el precio de este lujo se paga con la muerte.

Por otra parte, la muerte es para algunos el único inconveniente de la vida. Podría decirse que existe una original conveniencia entre la vida y la muerte; es decir, a la vida le acontece la muerte y, a la vez para que haya muerte, sólo es posible desde la vida. Podría hablarse de una especie de aveniencia entre la vida y la muerte; de una suerte de derecho, no natural, sino original entre ambas.

Podemos encontrar no pocos tratados que versan sobre la muerte. El casi natural pavor que se experimenta ante su constante amenaza ha orillado a casi todas las generaciones a buscar un medio de consolación frente a este irremediable acontecer. Todavía permanece la creencia de que un primer paso para hallar la consolación consiste en comprenderla, de aquí quizá deriven los múltiples tratados sobre la muerte. También es cierto que por definición ésta muerte está revestida de un dejo de misterio, de oscuridad, y el hombre, como parte de ese afán por trascender sus propias limitaciones quisiera penetrar epistemológicamente esa muralla de misterio. La muerte, ahora, en estas mismas líneas, la hemos convertido en asunto de meditación, lo cual quiere decir que, nos las estamos viendo con el misterio.

La sola idea y certeza de la efectividad a corto plazo de la muerte insta a todo hombre a contrarrestar el tiempo aprovechándolo de la manera más efectiva posible. Sólo por la conciencia de la cercanía del fin de nuestro tiempo es que optamos por

levantarnos en contra de éste, intentamos retroceder para que no nos alcance la puerta del fin, o al menos intentamos dilatar nuestro lapso antes del silencio, y la única manera de hacerlo es navegar cuesta arriba y contracorriente del tiempo.

El tiempo posee formas: por ejemplo, el tiempo de una roca no es el tiempo de un vegetal o de algún animal. El tiempo del hombre se caracteriza ante todo por ser vital; lo cual quiere decir que es un tiempo existencialmente ganado o adquirido y administrado conforme a la planeación del arbitrio y la voluntad de cada sujeto. El tiempo del hombre es un tiempo vital, pues nadie se lo ha otorgado, sino más bien lo ha tenido que ir ganando, y además porque es la dimensión en la cual cada sujeto se desenvuelve y realiza sus ocupaciones; es intransferible y requiere del necesario concurso del sujeto como causa eficiente del mismo. Cada individuo posee su propio tiempo, y en ese tiempo cabe únicamente cada uno y nadie más. Por esto es que le va la existencia en el cuidado y administración de su propio tiempo, y tiene por esto que ser vigilante de su propia obra, nadie más que él mismo puede realizar esta consigna: cada uno tiene que ser responsable del cuidado de su tiempo vital; de lo contrario corre el riesgo de volverse utensilio o cosa de uso. La forma del tiempo del hombre es la historia; se le conoce con el nombre de histórico, porque es del único tiempo del que se puede dar razón como experiencia vivida (Cfr. Nicol, 2001: 77-116).

En este sentido, cada uno de nosotros tiene que ser cual guerrero para contender contra la adversidad y los obstáculos, con el fin de darle un sentido a nuestro tiempo, pues el sentido no nos lo puede proporcionar el tiempo mismo. El contendiente le hace la batalla al tiempo agilizando sus pasos para alcanzar sus ideales. Intenta con esto ganar la partida al tiempo. Sabe de antemano que en el mundo no es posible emanciparse del tiempo, pero también sabe que no tiene ningún caso ceder la dirección al torrente incontenible del tiempo, como tampoco lo tiene no ceder. Parece que es lo mismo, pero en el caso del contendiente, éste no cede su

dirección al antojo de la corriente temporal solamente porque anhela sacar de su instancia un provecho para sí que es propiciado por la autosatisfacción, pues de esta manera, el verse realizado, le dará el justo sentido a su tiempo. Mientras que quien se hace cómplice del tiempo sabe anticipadamente que intentar darle un sentido a sus días es tan falso como creer que no morirá, es engañarse, y prefiere transcurrir en la vida con los hombros encogidos y la cabeza gacha: no se esfuerza en venir a más, se abandona a la intemperie, va al día sin ideales ni compromisos.

La muerte le otorga, y al mismo tiempo le quita sentido a nuestra vida; además, sólo la cercanía de ésta nos insta a buscar presurosamente un “qué” para poder invertir nuestras últimas fuerzas como proyecto. El sentido de nuestra vida es también una constante progresión, un avance permanente en el cual se desenvuelve tal sentido, y como el desenvolvimiento permanente equivale a la puesta en marcha de un “dirigirse hacia”, podemos entonces decir que la muerte le infunde sentido a la vida en tanto que desde nuestro nacimiento emprendemos esta marcha constante que se dirige hacia la muerte. Esto queda más claro diciendo que comenzar a vivir es comenzar a morir; por ello, avanzar en la vida es acercarse cada vez más a la muerte. Y por la muerte también la vida perderá sentido. Esta ausencia de trascendencia efectiva parece quitarle el sentido a nuestras existencias, ante la certeza de que moriremos le quitamos sentido a nuestra existencia.

El “sentido” de la vida puede entenderse de dos maneras. La primera consiste en ese constante desenvolvimiento que desde el nacimiento se dirige hacia (y hasta) la muerte. Este primer sentido es la puesta en marcha de “dirigirse hacia”, mas se tornará en un sin sentido cuando el actuante de la vida descubra que el punto hacia donde lo conduce es el fin de todo posible sentido. Con esto se pierde el ánimo de seguir apoyando tal empresa, aunque no por ello se deja de marchar hacia el blanco-objetivo. Se pierde el agrado del sentido porque no hay un galardón al final de la carrera, lo cual no detiene en absoluto la carrera hacia la muerte.

La segunda manera de entender el sentido es como el punto “cumbre” hasta donde puede alcanzar a llegar nuestra vida, que no otro más que la muerte. Ésta es, como decían los existencialistas, el límite a todas nuestras posibilidades, y después de ella sólo el silencio de la nada: nada se sabe con seguridad.

Quizá sea esta imposibilidad de no poder evitar su muerte, lo que le ocasiona al hombre su grande y tremendo dolor: el fatalismo de la muerte provoca en su ánimo terror y pánico, lo que confirma lo doloroso del derecho de la muerte con respecto a la vida. Pero para entender debemos primeramente preguntarnos: ¿por qué el derecho de la muerte es algo doloroso, inclusive más aún que la muerte misma?, y ¿en qué se funda este derecho? Intentemos responder a la primera cuestión.

La noción de derecho nos remite a la idea de lo jurídico como la construcción de una norma positiva para la convivencia de los hombres; sin embargo, la acepción de derecho que aquí habremos de emplear poco o nada tiene que ver con el derecho positivo de los juristas; antes bien, habremos de entenderlo como una suerte de suelo primigenio y original de conveniencia entre la vida y la muerte. En este sentido, “derecho” se entiende como todo aquello que tiene acceso directo y se aviene sobre algo con cierta naturalidad. Por ser tal, todo derecho tiene la puerta abierta del pasadizo que lo pone en contacto con el, por así decirlo, derechohabiente, quien puede actuar válido del derecho que le asiste, que además de tener el camino abierto sirve a su vez para abrir camino.

Esta acepción del derecho no se restringe únicamente al hombre, sino incluye el derecho que tiene la vida, por ejemplo, para buscar ser más, o venir a menos y morir. De una manera más amplia, se trata de “derechos” que simplemente no dependen del hombre: son originales conveniencias, naturales y necesarias maneras del ser.

El derecho justifica la pertenencia de algo al derechohabiente; es una literal y original conveniencia, la cual se actualiza en cada instante. Entre el derechohabiente y su derecho se da una recípro-

cidad constante, pues el derecho es solamente por su derechohabiente, y este último es tal gracias al derecho que le asiste. Desde antes, el derecho tiene el camino abierto con su propietario, mientras que este último se valdrá de su derecho para abrirse camino, pues sólo porque tiene derecho para seguir abriendo camino insistirá en tal empeño.

Ahora bien, el derecho de la muerte está vacío sólo de vista hacia el frente, por lo que no podrá nunca abrir camino. Sólo el derecho de la muerte se vuelve hacia atrás, y consiste en absorber a la vida. Sin embargo, esto también se debe al derecho que le asiste a la vida, pues ésta tiene el irreversible derecho de morir. El derecho de la vida y el derecho de la muerte convergen en un encuentro brutal y fulminante formando entre ambos el vacío de la nada.

Hablar del derecho de la muerte en el hombre sería tanto como ceder la palabra a la muerte misma, y para hacerlo se necesitaría además estar parado fuera de la vida y del movimiento de la muerte: tendríamos que estar ya en el infierno, ya que tanto la vida como la muerte convergen en el mundo y hacen del hombre el mejor laboratorio. Estar en la vida significa estar muriendo; luego, es estar también en la muerte. Por tal motivo, todo intento de llevar al frente este empeño resultará de antemano vano porque todavía estamos vivos y porque ninguno que ha traspasado el umbral de la muerte se ha levantado para dar testimonio a los vivos. Será más pertinente hablar acerca del derecho a la muerte en el hombre como hecho que testifica y presupone nuestra instancia todavía en este costado.

El derecho del hombre para la muerte y el derecho de la muerte en el hombre parecen un acontecimiento evidente, pero esto que resulta evidente para todos da pauta todavía para levantar la insurrección por la vía del pensamiento contra el dato de la muerte. El hombre no acepta generalmente, no se resigna a la idea de que tiene que morir. El hombre simplemente no quiere morir. Y al igual que todo acto que se lleva a cabo sin el consentimiento de la voluntad, la muerte se transforma en una

dolorosa imposición. De aquí se sigue que ésta acontece en el hombre independientemente de su voluntad. Con esto último hemos dado un primer argumento acerca del doloroso derecho a la muerte en el hombre como la dolorosa sumisión a un acto que nunca eligió hacer, y que le provoca pavor desde la conciencia misma de su derecho. El hombre tiene que morir, le guste o no.

Su falta de consentimiento le ocasiona un doloroso estar indispuesto y que lo arrastra hasta el fondo del abismo. El dolor del derecho a la muerte consiste en que ésta nunca respeta la voluntad del hombre, pues tiene siempre por meta imposibilitar y absorber la alternativa. Sobreviene sobre todo, lo vivo independientemente de su disposición o indisposición, coartando de una vez y para siempre los caminos de cada ente vivo.

Un segundo argumento acerca del doloroso derecho de la muerte en la vida del hombre consiste en afirmar que el dolor propio y característico del hombre se da siempre en presencia de la conciencia, elemento sin el cual el dolor sería impropio del hombre y común con el de lo puramente natural: sin ella su padecimiento sería reducido a la pura biología, el dolor en el hombre no se reduce a lo puramente biológico; es además cultural, espiritual, sentimental, etcétera.

Con la aparición de la conciencia el dolor se incrementa al pasar de lo puramente físico a lo espiritual, pues pone en marcha la llamada "intensificación" del dolor, que ya no se reducirá nunca a mero movimiento de tejidos nerviosos. El dolor, cuando deja de ser un padecimiento puramente físico, emprende una pirámide, cuyos estratos incluyen la frustración del interés y el valor, la desesperación, la angustia y finalmente la conciencia del riesgo del fracaso y la ruina. Vemos entonces que en el hombre se resume el dolor más grave de la naturaleza, y lo que es peor; en el mismo hombre es todavía más lastimera la conciencia de la cercanía de su ocaso, porque es el único ser capaz de tener conciencia de la muerte (Rush González, 1994: 80).

El derecho a la muerte en el hombre resalta como la conciencia certera de que la muerte tiene acceso

directo sobre nuestra vida; y mientras uno va de camino emerge la desesperación por la incongruencia entre nuestro estar y nuestro obligatorio llegar a estar: se abre una distancia entre nuestro presente y nuestra definición total que irremediamente tenemos que cubrir mientras dure nuestra instancia sobre el mundo.

Más difícil le resulta al hombre padecer en la espera que implicarse con lo esperado. La noticia del derecho a la muerte testifica una vez más la dolorosa instancia dentro de una insoportable espera. Estamos dentro pero al mismo tiempo fuera de la muerte, y sin embargo seguimos aguardándola: éste es el miedo a lo desconocido que con respecto a la muerte se transforma en angustia.

El derecho a la muerte en el hombre es mucho más doloroso que la muerte misma, en primer lugar porque el dolor se experimenta sólo en la vida y como la conciencia del derecho de la muerte sobre nosotros testifica nuestra instancia todavía en la vida, es más doloroso luego saber que algún día llegaremos a ser solamente nada que estar siendo ya nada. En segundo lugar porque la noticia del derecho de la muerte nos provoca resistencia y miedo; un miedo a lo desconocido que se transforma en angustia. De esta manera pervive en la vida del hombre el pavor constante hacia el enigmático mundo de la muerte. Y en tercer lugar porque la conciencia del derecho a la muerte es un digno baluarte del dolor propio del hombre, el cual lo coloca en el estrato más alto de la pirámide del dolor en general. Se sigue entonces que este derecho resulta ser más intenso que la muerte misma, dado que la muerte tiene que entenderse como padecimiento puro y, como hemos visto, la acción de la conciencia deja de intensificar el dolor sólo cuando se pasa del riesgo al acto. Luego entonces, si el dolor más grande en el hombre se da en la conciencia del mismo riesgo, entonces debe ser mucho más dolorosa la conciencia del derecho a la muerte que el acto puro de morir, sin importar que este acto culmine en la hoguera o el tormento: de todas maneras se habita en la realización de lo esperado y no se sufrirá ya más esperando en largas colas.

Por otra parte, atrevámonos a realizar una pregunta capital: ¿por qué el hombre muere? Quiero comenzar aclarando que yo soy el menos indicado para responder. Muchos han abordado este tema y han aportado su punto de vista; no obstante, a mi parecer hay tres respuestas que enmarcadas en su apropiado contexto podrían aproximarnos a una respuesta general.

La primera respuesta tiene que ver con el proceder mismo del tiempo y todo lo que mora en él. El tiempo envuelve al devenir; en su interior está el inicio y el ocaso de todo cuanto es en la determinación: todo lo que es se muta; nada ni nadie que esté en el tiempo se salva del dolor de la mutación y ésta implica la aparición y desaparición; es decir, el arribar y el marchar luego de culminar la función. La transformación de los elementos conlleva esencialmente el nacimiento y la muerte. El hombre nace en el tiempo y en el tiempo comienza a hacerse, y no termina de hacerse nunca: su proyecto es sorprendido por el fin de su tiempo o, más bien, por su muerte. De alguna manera, el hombre es tiempo y por esta coparticipación, tiene que llevar a efecto su arribo y su despedida. No puede de ninguna manera permanecer; tiene que cumplir su papel en el tiempo para luego ceder espacio a nuevas manifestaciones del ser. El hombre tiene que morir por causa del incontenible torrente del devenir.

La segunda respuesta tiene una connotación religiosa. Se funda en la sentencia bíblica a propósito del arribo del pecado al mundo. La advertencia de Dios al hombre: "mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día en que de él comieres ciertamente morirás" (Gen. 2:17), fue desobedecida por Adán, quien se entrega serenamente al adversario. Desde esta óptica, por causa del pecado se abrió el derecho de la muerte sobre toda la humanidad, e incluso sobre todo ser viviente. A partir de aquí, todo cuanto manifestase señales de vida estaba condenado a morir. El hombre estaba sentenciado ahora a llevar en su espalda la paga del pecado; a saber la muerte. Aquí cabe hacer un breve paréntesis para enfatizar que desde el punto de vista bíblico, el advenimiento de

la muerte al mundo fue ocasionado por el pecado, que condenó a muerte no sólo al hombre, sino juntamente con él, a todo ser con manifestación de vida.

La tercera y última respuesta se sustenta en el derecho ontológico mismo, ya que tener uno derecho a algo equivale a hacerse merecedor de ese algo. En el hombre, todo derecho acontece como una consecuencia del hacer méritos para acceder a él. El hombre, antes de tener derecho a algo, tiene primero que demostrar ser digno de merecer tal, pues de lo contrario no podría llamar nunca su derecho a lo que jamás ha realizado ningún mérito para merecerlo. Tener derecho es merecer, y merecer es "hacerse digno de". Así, la muerte será el digno derecho de la vida, para quien ha tenido todo el tiempo para hacer méritos que lo conviertan en digno merecedor del derecho a morir. La vida del hombre fundamenta el derecho mismo de la muerte; así es que el hombre muere porque mediante su vida se hace digno merecedor de la muerte (Rush González, 1994: 82-83).

Sin embargo, vivimos, y sabemos que la dignidad humana radica en el respeto a la vida; pero entonces, ¿quién fundamenta el derecho del hombre a la vida, si nadie de nosotros ha realizado anticipadamente los méritos correspondientes? El hombre no puede fundamentar por sí su propio derecho a la vida, ni su existencia; este derecho no lo funda el hombre. Spinoza diría que lo funda la Naturaleza misma (Spinoza, 1987: 43ss).

¿Qué eventos acontecerán después de la muerte? Posiblemente ninguno o quizá muchos inimaginables, pero meditar en esto nos convertiría en meros cómplices del tiempo y todos los frutos posibles tendrían que ser depositados a los pies de la especulación fantástica. Intentemos un experimento teórico mejor: tratemos de bajar a la muerte de su plano recóndito a un posible plano físico.

PARA UNA FÍSICA DE LA METAFÍSICA DE LA MUERTE

Estamos ya sobre el mundo de los vivos, querámoslo o no, arrojados porque nunca se nos permitió un instante para indagar acerca del hasta

entonces posible aterrizaje. De pronto despertamos en medio de un mundo que estamos obligados a amar y en el cual desarrollarnos.

Hemos nacido en medio de una circunstancia que, en retrospectiva, a veces nos cuesta trabajo aceptar, pero más problemático sería aun el intento por desligarnos de aquello de donde somos. Y tenemos que continuar. La voluntad simplemente no se puede negar a sí misma.

En general, todo anhelo del hombre se da dentro de la vida y para vivir; vivir con entrega y con riesgo, eso es lo que le da el justo sentido a su instancia, pues sólo adaptándose a ese impulso que tiende a la felicidad olvida las una y mil desgracias que le acontecen por el simple hecho de vivir "consciente".

El hombre quiere a toda costa llegar a la plenitud y a ser feliz, pues piensa que sólo en ese estado encontrará el verdadero rostro de la vida, y que además en ello está imbricada la meta última de su instancia.

Yo no niego la necesidad que tiene el hombre de buscar la plenitud o la felicidad, pero esta búsqueda es primeramente una reacción y después una acción, pues cuando arribamos a la vida en medio de estas circunstancias, como no habiendo otro camino por donde avanzar, nos encauzamos en este callejón que tiene una sola salida; a saber: el crecer o el venir a menos, teniendo como horizonte culmen a "la muerte".

Ciertamente, a la muerte se le ha pretendido neutralizar en múltiples ocasiones (a veces a base de conceptos; a veces viéndola como puente de transición...), lo que da una clara noticia de que el hombre intenta de diversas maneras detener esta orientación hacia el ocaso. A la muerte también se le ha incluido en el cuadro de conceptos y sucesos catastróficos, y por ende malos.

La tradición ha concebido a la muerte en general de dos maneras; en una, es el referente directo del rotundo agotamiento e imaginario fin (fin que, en este caso, equivale al aniquilamiento); y en el otro sentido, tiene mucho que ver con la concepción bíblica que remite a una especie de separación

o caída (violenta y brutal) con respecto al Bien absoluto. Una barrera se interpone entre Dios y el mortal (muerto porque se encuentra ausente de la redención divina). De cualquier manera, la muerte, a los ojos del viviente occidental, representa un verdugo temerario, pero necesario, en el acontecer del devenir del ser del hombre.

La muerte o es "aniquilamiento" o es "separación". Sin embargo, hoy, es la excusa más inmediata para destapar la emoción que se identifica con el pánico y el terror extremos. Todo hombre, dada su configuración psíquica, teme morir; teme, sobre todas las cosas, a la muerte, y sobre todo a morir sin haber obtenido el reconocimiento de sus semejantes: el hombre tiene miedo de morir siendo un don nadie.

Hasta nuestros días, la muerte es lo que no es, pues escudándonos en el temor y en el horror, hemos antepuesto mil distracciones al valor de la muerte misma, dejando a nuestro paso sólo una herencia fortuita, pues creemos que olvidándonos de la hora final seremos felices. Lo cierto es que buscamos uno y mil refugios para no topar de frente con esta espantosa verdad.

Nos hemos pintado unos fantasmas, y por dos lados se sobrepone la "vanidad humana": por un lado, creemos que no hay nada que temer, pues al fin de nuestra infancia la vida será reducida a cenizas que serán muestra del aniquilamiento; y por el otro (trascendente), diremos que mas allá de esta tierra nos aguarda una vida eterna. En suma: los hombres no quieren morir.

Sin embargo, la muerte le infunde vitalidad a la vida misma; es una especie de margen para el desenvolvimiento de lo vital. Entre la vida y la muerte se establece una dialéctica, cual si fuese entre el ser y el no ser, y que se refleja en la historia. Porque la vida es posible como acción y movimiento gracias a la muerte que se alberga en su seno; por eso también resulta pertinente afirmar que la muerte es la vida de nuestra vida, así como la vida es la muerte de la muerte; esto en el entendido de que tanto la vida como la muerte sacan partido una de otra para complementarse: la vida

se entiende desde la muerte y, a la vez, la muerte se acota desde la vida.

A la muerte se le ha señalado como aquello que se encuentra mas allá de lo físico y de la experiencia. Por eso, al hablar de la muerte, se habla del misterio: de lo que está más allá de la comprensión racional.

Quizá ya, podríamos arriesgarnos a advertir que una posible física de la muerte –que no quiere decir una física matemática de la muerte, sino una meditación en los límites de la comprensión racional en torno a la muerte– habrá de ser comprendida en el contexto de la vida, y como parte de la vida también. El hombre es el escenario más idóneo para poner en acto a la muerte y la vida.

Quiero hacer la aclaración de que en los límites del entendimiento sólo se puede hablar de una muerte práctico-conceptual; la muerte física es únicamente concebible así. Sólo de esta manera estaremos descendiendo de un nivel metafísico a un nivel físico; tal movimiento bien podría adjetivarse como el rescate de la física de la muerte metafísica.

En resumen diré: la existencia humana se constituye en el juego de dos elementos actuales, y siempre discordantemente armónicos; por un lado, se encuentra el polo de la "vida", a la que por cierto, resulta muy difícil concebir como no involucrada con algún cuerpo; por ello, la vida se manifiesta generalmente bajo el aspecto físico-biológico de nuestro cuerpo. Y sólo en este sentido podremos decir "la vida está en" este cuerpo, pese a que ambos (vida y cuerpo) convergen, y aun más, yacen como designados en su origen por el azar: altruísticamente se han involucrado, porque la Vida ontológicamente no es el cuerpo y tampoco el cuerpo es necesario a la Vida; Vida y cuerpo no son la misma cosa, sin embargo, el azar primordial hace necesario el recíproco favor; es decir, la manifestación corpórea de la Vida y la organización biológica del cuerpo.

En el otro costado se encuentra la "muerte", que por ello toma también parte en la empresa del hombre manifiesta en el constante devenir, pero más aun en el ámbito sentimental y pasional, sobre todo

en esos momentos cuando nos enteramos de que nuestro yo está convertido en un montón de huesos secos, pero más cuando las circunstancias no coinciden con lo que anhelabas, o cuando te envuelven por doquier la ruina y el fracaso: la muerte no es la nada.

De cualquier manera, la física de la muerte deberá hacerse necesariamente desde aquí, porque tiene que ser existencial; de lo contrario, no podría decirse ni una sola palabra con seguridad. Vivo porque muero, y gracias a que muero, vivo hoy.

Finalmente, no hay que olvidar que Sigmund Freud, profundo conocedor y explotador de la naturaleza humana, entrevió que en el interior del ser del hombre persiste una brega de pulsiones, un tipo de las cuales tiende al tánatos, es decir a la muerte. El hombre tiene arraigada en su ser la tendencia a la agresión y a la destrucción. Freud dice: "ciertamente debajo se halla el gusto por la agresión y la destrucción. Incontables crueldades de la historia y de la vida diaria fortalecen su existencia y su fuerza" (Freud, 1981: 130). Pero al lado de la pulsión del tánatos está la de eros, la cual induce al desarrollo de todas las capacidades del hombre. Es eros quien induce a la creatividad y a la reafirmación de la vida. La ciencia y el arte son producciones del eros.

Hay también en Freud una interacción dialéctica entre las pulsiones de la vida y de la muerte. Si meditamos sobre la muerte es con el propósito de

reafirmar la vida. La voluntad de poder traducida como voluntad de vida, es voluntad de ser más, es voluntad de venir a más, y ésta no puede negarse a sí misma. En este cuadro pensamos inclusive que el tánatos podría entenderse como un modo de afirmar la voluntad de ser más.

Sin embargo, sólo un ser como el hombre es capaz de esperar y de esperanzarse, de apostar optimistamente por la vida y la paz. El psicoanálisis de Fromm ha demostrado que el instinto de destructividad no es el destino del hombre, sino que responde a ciertas circunstancias y a cierto ambiente; el destino del hombre es la biofilia. Hay que educar y educarse para la vida. LC

BIBLIOGRAFÍA

- Freud, Sigmund (1981), *Freud*, México, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.
- González, Rush (1994), *La genealogía del dolor*, México.
- Heidegger, Martin (1998), *El ser y el tiempo*, México, FCE.
- Kierkegaard, Sören (1970), *El amor y la religión*, Buenos Aires, Santiago Rueda.
- La Santa Biblia* (1990), versión Reyna-Valera, México.
- Nicol, Eduardo (2001), *Crítica de la razón simbólica*, México, FCE.
- Nietzsche, Friedrich (1990), *Más allá del bien y del mal*, México, Alianza Editorial.
- Sartre, Jean Paul (1997), *El existencialismo es un humanismo*, México, Quinto Sol.
- Spinoza, Baruch de (1987), *Ética*, Madrid, Alianza Editorial.

